FLACSO
CHILE
Biblioteca

F626mo
MD 31
c.2

MATERIAL DE DISCUSION
PROGRAMA FLACSO-SANTIAGO DE CHILE
NUMERO 31, Agosto 1982

IBLIOTECA
FLACS
SANTIAGO

09827

1111.-

MODELOS DE RECEPCION DE IDENTIDADES POLITICAS.

Angel Flisfisch

Esta Serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

RESUMEN

El problema del desarrollo de identidades políticas (colectivas) viene recibiendo una atención creciente. Usualmente, se supone que esas identidades son un producto colectivo, generado a través de procesos microsociales espontáneos. En estas notas, se afirma que el origen de esas identidades es elitario y no masivo.

Por ello, la importancia de los modelos de recepción de identidades preconizados por las élites que los generan. Esos modelos se pueden clasificar en tres categorías: modelos educativos, modelos de necesidades personales profundas y modelos de intereses. Las notas señalan los rasgos esenciales de cada tipo, y exploran las consecuencias estratégicas y políticas societales que puede tener la adopción de un modelo de un determinado tipo.

- I -

En países como Chile, el problema de la constitución de agentes políticos ocupa un primer plano en la reflexión sobre la política. El por qué es obvio. La destrucción autoritaria de la sociedad política del pasado canceló el conjunto de los antiguos referentes políticos, por lo menos para la inmensa mayoría.

En esa situación, la reacción de parte de la clase política y de grupos de intelectuales ha consistido en perseverar en la afirmación de que, pese a esa cancelación, la política debe sin embargo existir. Se mezclan aquí dos ideas. Primero, una visión esencialista que atribuye a la expresión un sentido unívoco, un punto que ha destacado recientemente Lechner. Segundo, la noción de que aquello que se entiende por política necesariamente existe siempre, aunque pueda adoptar formas poco clásicas por la fuerza de determinadas circunstancias.

De estas premisas se sigue el siguiente diagnóstico: en la sociedad surgen nuevas modalidades de comportamiento político, que no se identificarían como tales según los criterios del pasado. El problema reside justamente en ser capaz de una visión renovada, que permita enjuiciar estos nuevos fenómenos en lo que son y en lo que valen. El apego a los viejos criterios lleva a ignorarlos, y a "hacer política" equivocadamente. En el extremo, se sostiene que habrían modalidades de comportamiento que en los antiguos códigos se clasificaban de privados y sin sentido político. Hoy, son políticos y adquieren una resonancia pública: actos religiosos, folklóricos, etc. Según una fórmula casi consagrada, se asiste a una socialización de la política.

En la base de estas reflexiones, juega un papel central

la noción de identidad colectiva. Se sostiene que la política es actividad orientada hacia identidades colectivas - esto es, identidades que trascienden lo individual - y que "hacer política" es en gran medida construcción de esas identidades. Cuando hay una sociedad política estabilizada, esas identidades son para casi todos un dato y se dan por descontadas. En su ausencia, se tornan problemáticas. Pero quizás esa problematicidad tenga más que ver con la incapacidad de reconocer nuevas identidades que se gestan, que con la efectiva ausencia de esas identidades.

Ciertamente, el empleo de la expresión "política" implica referentes grupales o colectivos. Se hace política en nombre de algo, y ese algo es siempre más social que individual, más público que privado. También es cierto que muchas cosas se hacen en nombre de un algo que es más social y público que individual y privado, y que de acuerdo a criterios más clásicos de lo que es político estas actividades no merecerían esa calificación.

El problema reside en cómo se conceptualiza lo que es político, y cómo llegan a ser socialmente efectivas esas conceptualizaciones. La cuestión de cómo se conceptualizan los referentes grupales o colectivos - las identidades colectivas - es así un aspecto - quizás el anverso - del primer problema.

Para el diagnóstico recién esbozado, tanto esas modalidades de conceptualización como los procesos por los cuales llegan a ser socialmente efectivas, son obra colectiva. Hay aquí subyacente una visión sociologizante, en términos de la cual innumerables agentes microsociales van construyendo identidades colectivas. Por ello, estos referentes alcanzan finalmente una objetividad social que se impone a la mirada intelec-

tual, provenga ésta del sociólogo o del político profesional. Para no equivocarse, estos últimos deben ser capaces de identificar las especies presentes del fuego de artificio y lo ilusorio. Si se busca anticipación, entonces la sensibilidad exigida es aún mayor.

La proposición principal que se afirma en estas notas es que el origen de las identidades colectivas (referentes grupales o colectivos conceptualizados) es elitario y no masivo. Es decir, estas conceptualizaciones son productos intelectuales o de intelectuales, en el sentido de personas especializadas en la producción de materiales simbólicos susceptibles de comunicarse a otros.

Hay así siempre una previa estructuración conceptual de referentes grupales, que constituye un dato para el sentido común masivo. En este dominio, las masas se encuentran con oportunidades "intelectuales" o "conceptuales", tal como se encuentran con oportunidades de empleo, de educación, etc. No son las masas las que construyen significados socialmente objetivos y eficaces para la mirada intelectual. Es esa "mirada" la que construye opciones de significado para las masas, opciones que éstas emplean o desechan, tal como se emplea o desecha una oportunidad de movilidad social.

Bajo esta premisa, la problemática de agentes políticos e identidades colectivas, tal como la ha venido desarrollando por ejemplo Lechner, es una de esas oportunidades "conceptuales". Se ofrece junto con otras. Por ejemplo, en competencia con la ideología oficialista chilena de participación comunal, con el modelo leninista de organización, con la visión tradicional del partido político, etc.

Si se acepta la premisa del origen elitario, el problema pasa a ser entonces el de la relación entre oportunidades conceptuales y masas. Ahora bien, esa relación es problemática en varios sentidos. Primero, resulta claro que siempre hay diversas oportunidades en competencia, que algunas son existosas y otras no lo son. De allí la inquietud por dar con una correcta formulación de oportunidades. Luego, no hay garantías de que el aprovechamiento masivo de una determinada oportunidad no distorsione su significado originario, es decir, el significado atribuido por sus productores. Hay una cierta autonomía en ese aprovechamiento, que puede conducir a la atribución de significados específicos, susceptibles de generar efectos imprevistos, quizás perversos. Finalmente, en ausencia de oportunidades, o en presencia de trabas importantes a la difusión de oportunidades y competencia entre ellas, algo tendría que estar sucediendo de todas maneras. ¿Cómo identificar entonces, y recuperar después, esa emergencia espontánea de contenidos?

Independientemente de las presuntas legalidades que pudieran regular la relación entre oportunidades y su empleo masivo, su carácter problemático fuerza a los productores de oportunidad a adoptar algunos supuestos acerca de cómo se establece la relación. En otras palabras, junto con la producción de oportunidades se producen también modelos (conceptualizaciones) acerca de cómo opera la recepción de oportunidades. Esos modelos zanjan, en un sentido específico, la naturaleza problemática de la relación. Puede que existan modelos más "verdaderos" que otros, pero lo cierto es que, más allá de los criterios que gobiernen la opción por modelos, las características del modelo por el cual se opta implican determinados efectos respecto de dos cuestiones políticamente cruciales: las estrategias que finalmente se utilizan, y el tipo de resultados políticos globales que se pueden obtener.

Aún más, se puede hipotetizar que los criterios de verdad o realismo que se aducen cuando se argumenta en favor de un determinado modelo de recepción, están supeditados a una visión *a priori* de estrategias y resultados globales. Es decir, esa argumentación no sería desinteresada, sino que intentaría fundamentalmente dar cuenta de una opción previa, que ya está hecha.

Sea como sea, aparece de manifiesto que los modelos de recepción merecen un examen en sí mismos. Estas notas persiguen identificar algunos aspectos que ese examen debería contemplar.

- II -

Se puede proponer la siguiente clasificación de modelos de recepción: modelos educativos, modelos de necesidades personales profundas y modelos de intereses.

Obviamente, un *modelo en uso* determinado, normalmente presentará componentes atribuibles a las tres familias de modelos. Pero se puede suponer que en él predominarán orientaciones que lo acercarán más a un tipo de modelo que a los otros. A partir de ese supuesto, no es ocioso escudriñar la estructura interna del caso "puro". La lógica que impone un modelo en uso se aproximará a la del caso "puro" del que está cercano. O bien, si hay una mixtura compleja de elementos, el conocimiento de los casos "puros" permitirá analizar el modelo en uso como una composición de las distintas lógicas correspondientes a esos casos.

Las ideas que presenta Hobbes en el capítulo XXX del *Leviathan**/ representan un paradigma respecto de los modelos educativos.

---

*/ T. Hobbes, *Leviatán*, edición preparada por C. Moya y A. Escohotado, Editora Nacional, Madrid, 1979, págs. 409-415.

Allí, Hobbes responde a la objeción sobre la insuficiente capacidad del pueblo llano para comprender la corrección de los principios políticos que él ha identificado. Su postulado básico en este punto afirma que las mentes de la gente común son como papel en blanco, apropiadas para recibir cualquier cosa que sobre ellas imprima la autoridad pública. A partir de este postulado de la infinita plasticidad de la conciencia común, Hobbes sienta las siguientes proposiciones: 1) Si los principios son razonables, de manera tal que en ausencia de prejuicios basta oirlos para aprenderlos, la enseñanza y la predicación, protegidas por la ley, son suficientes para su adecuada recepción; 2) La no recepción, o la recepción distorsionada de los principios, se explica porque las mentes de la gente común están teñidas por la dependencia de los poderosos, o emborronadas por las opiniones de quienes gozan de prestigio o autoridad intelectual frente a ellas. Es decir, porque hay oportunidades ceonceptuales erróneas, producidas por grupos intelectuales premunidos de la legitimidad de la autoridad o prestigio intelectuales, que compiten con los principios correctos; 3) La existencia de opiniones erróneas se explica a su vez, no por la dificultad del tema, sino por la presencia de "intereses creados", tanto de los poderosos como de quienes ocupan posiciones intelectuales.

Las consecuencias implícitas en este modo de concebir la relación entre oportunidades conceptuales y su recepción masiva son relativamente obvias. Específicamente, si se lo refiere a la formación de identidades colectivas, resulta que ellas se generan primordialmente mediante adoctrinamiento. Es cierto que se imponen restricciones a ese adoctrinamiento: no cualquier contenido es válido. Se trata de adoctrinar masivamente en los contenidos <u>correctos</u>. Pero esa corrección está previamente definida por un agente exterior a los adoctrinados, según criterios

de racionalidad abstracta. Hay intelectuales, cuyo oficio es el de acceder, vía el ejercicio de la razón, a las conceptualizaciones verdaderas o correctas. La razón desprejuiciada encuentra aquí competidores, que en defensa de sus intereses contaminan la recepción masiva, distorsionando o induciendo a error. La respuesta adecuada a estos competidores es una política represiva (censura, silenciamiento de opiniones contradictorias, proscripción de ideas y doctrinas, etc), de modo de aislar y proteger a la masa del error. Es lo que sintetiza la fórmula de un adoctrinamiento bajo la protección de la ley.

Los planteamientos de Hobbes pueden parecer extremos, aun groseramente cínicos. No obstante, no son sólo las concepciones fascistas o autoritarias conservadoras las que se adecuan patentemente a ellos. También el leninismo en uso, tal como ha orientado la práctica política en los socialismos reales y la actividad de tantos partidos y organizaciones, es susceptible de describirse convenientemente en términos del paradigma hobbesiano. Ciertas nociones, como la de una conciencia proletaria imputada, que es la verdadera conciencia, tal como se encuentra en Luckas, necesariamente conduce a un desarrollo que se ajusta al paradigma.

Las implicaciones estratégicas y los potenciales resultados políticos globales que esta visión acarrea, son igualmente fáciles de discernir. La necesidad de represión para evitar la contaminación o la distorsión - la degeneración, en la jerga soviética stalinista -, convierten la adquisición de poder en cuestión central y primordial. Respecto de las modalidades de actividad política en el conjunto de la sociedad, el resultado no puede ser sino acentuadamente autoritario o totalitario.

- III -

En el caso de los modelos de necesidades personales profundas, no es tan simple ubicar alguna conceptualización paradigmática análoga a la hobbesiana. La teorización sobre la alienación, tal como se presenta originariamente en Marx y en diversos desarrollos posteriores, o más en general, los contenidos asociados a la así llamada teoría crítica, ejemplifican convenientemente esta familia de modelos.

En este caso, la oportunidad conceptual elaborada por el agente exterior es también correcta, y los criterios de verdad que subyacen a ese enjuiciamiento son igualmente criterios especulativos, de racionalidad abstracta. Por lo tanto, se trata de una verdad que es análogamente exterior a la masa.

No obstante, no hay aquí el supuesto de una plasticidad infinita de la conciencia común. Contrariamente, la recepción de la oportunidad conceptual correcta es un proceso difícil. Se trata en realidad de una conversión, que no es súbita sino larga, porque implica un laborioso y complejo trabajo interior de la conciencia común sobre sí misma.

Primariamente, los obstáculos que encuentra ese trabajo los proporciona la propia conciencia común, tal como ella existe en el presente. Hay aquí una dicotomía entre la conciencia auténtica posible, tal como ha sido identificada especulativamente, y la conciencia efectiva hoy, juzgada de errónea o inauténtica. Sin embargo, la diferencia capital con la anterior familia de modelos reside en el supuesto de que es la segunda la que es producto de condiciones represivas, tanto políticas como sociales generales. La conciencia común es una modalidad distorsionada de conocimiento precisamente en razón de la represión. El trán-

sito hacia una forma superior - auténtica - supone un progresivo aniquilamiento de las condiciones represivas, en términos de alguna dialéctica, probablemente poco simple, entre exterior e interior.

Por consiguiente, en la recepción de una identidad la masa misma juega un papel activo y bastante autónomo. El conjunto del proceso tiene mucho de terapia, y el agente exterior mucho de terapeuta, sacerdote o de figuras similares.

De todo esto se sigue que el poder no es una cuestión primordial. La deformación de la conciencia efectiva puede obedecer a la presencia de oportunidades competitivas, aun cuando el diagnóstico por lo general será de mucho mayor complejidad. Por ejemplo, el indoctrinamiento nazi fue efectivo en moldear la conciencia común en la Alemania de preguerra, pero un modelo de este tipo lo explicaría indicando que él satisfacía necesidades relativamente profundas (seguridad, etc.). Así, la respuesta indicada frente a un competidor de esa naturaleza no consiste en eliminarlo, sino en la construcción de capacidades personales autónomas que permitan ver a través de esas "ofertas" alternativas y aquilatarlas en lo que realmente son.

En la práctica política estos modelos tienen mucho menor difusión que los educativos. Probablemente, los últimos son predominantes. Posiblemente, se los podría encontrar subyacentes en experiencias como las comunidades cristianas de base, o explícitamente en proyectos de pedagogía popular. La noción de una socialización de la política, tan en boga hoy, adquiere a veces resonancias que la acercan a ellos, aun cuando también puede interpretarse a la luz de modelos de intereses.

En todo caso, las implicaciones estratégicas se orientan mucho más hacia programas pedagógicos de largo plazo, que constituyen verdaderas terapias político-culturales. A la vez, el énfasis se pone en modalidades globales de relaciones políticas que acentúan los procesos de comunicación y deliberación públicas, frecuentemente con una fuerte connotación utópica.

-IV-

El modelo de intereses más simple que se pueda concebir podría descansar en los siguientes supuestos: 1) Hay un Ego que llega a identicar, en una determinada situación, problemas que le afectan; 2) En el paso siguiente, Ego percibe que esos problemas también lo son de otros, que se encuentran en situaciones similares. Se supone que este proceso afecta simultáneamente a muchos; 3) Ahora, están dadas las condiciones para que se produzca una relativa universalización de los problemas y las situaciones. Esa universalización procede mediante la recepción de una conceptualización (fórmula linguística, nombre, etc.), que significa precisamente la comunalidad de problemas y situaciones; 4) Conjuntamente con esa adquisición de una identidad grupal, emerge una organización, que es un recurso de poder principal en el despliegue de actividades políticas referidas a las situaciones y problemas de que se trata.

Pese a su simplicidad, por lo general es un modelo de esta clase él que subyace a prácticas políticas del tipo grupo de presión, lobby o, mejor dicho más globalmente, prácticas de reivindicación corporativa. En este caso, esas son justamente las implicaciones estratégicas de la familia de modelos: estrategias de presión o reivindicación corporativas. En términos de resultados políticos globales para la sociedad, conducen a un modelo

pluralista de la política, en el sentido que la noción tiene en la literatura anglosajona, sentido sintetizado recientemente por Huntington*.

Este modelo simple se puede complicar, introduciendo dos nociones: la del "otro enemigo" y la del "otro solidario". En este caso, los supuestos se pueden esquematizar del siguiente modo: 1) Hay una definición de situaciones y una identificación de problemas a partir del reconocimiento de un "otro enemigo". Ello implica aceptar la existencia de un conflicto, como algo que está en la raíz del proceso de gestación de la identidad grupal. Es decir, el reconocimiento de un enemigo desempeña una función constitutiva en esa gestación; 2) Hay también un reconocimiento de la existencia de "otros solidarios", esto es, de otros que, a partir de tener el mismo "otro enemigo", definen situaciones y padecen problemas que son análogos a los de Ego; 3) El empleo de una oportunidad conceptual es entonces para significar una universalización relativa de una relación compleja, trabada entre uno mismo, el "otro enemigo" - frecuentemente, un plural y no un singular - y el "otro solidario", también las más de las veces con sentido plural; 4) Sobre esta base, se desarrolla una organización, que es recurso de poder principal en el conflicto constitutivo.

Esta es la estructura de los modelos que subyacen a prácticas en que la política es definida esencialmente como conflicto. Esta conclusión es trivial. Para lograr conclusiones más específicas, se requiere avanzar en el tratamiento de un aspecto de estos modelos.

---

*/ S.P. Huntington, American Politics: The Promise of Disharmony, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 1981.

Ese aspecto no es el de la relación con los "otros solidarios". Es posible que la relación de solidaridad se pueda conceptualizar de maneras diversas, pero ello no parece afectar las implicaciones de este tipo de modelos. Es el modo como se conceptualiza el reconocimiento del enemigo lo que es fértil en consecuencias.

En este punto, cabe distinguir dos dimensiones involucradas en el reconocimiento del enemigo, que parecen ser claves para su conceptualización. La primera tiene que ver con el hecho de que se reconozca una necesidad recíproca entre uno y el "otro enemigo", o simplemente se lo considere como algo superfluo. Por ejemplo, un establishment puede reconocer un enemigo en ciertos grupos subordinados, pero es difícil que les otorgue el status de superfluos, si bien en el reconocimiento que los últimos hacen del primero puede acontecer que sí se afirma esa superfluidad.

La segunda dimensión se refiere a la naturaleza que se atribuye al "otro enemigo" en el reconocimiento. Aquí, cabe distinguir tres situaciones: 1) Atribución al enemigo de una naturaleza similar a la del mundo natural, que lo hace capaz de reacciones puramente mecánicas frente a la propia acción; 2) Atribución al enemigo de una racionalidad libre, idéntica a la propia, que lo hace potencialmente capaz de respuestas libres (creativas, sorpresivas) y que exige esfuerzos por comprenderlo; 3) Atribución al enemigo de una humanidad idéntica a la propia, lo que exige ponerse en su lugar, no sólo en términos de comprender sus cálculos y la racionalidad que los orienta, sino en un sentido total*/.

---

*/ Se anticipan algunas reflexiones sobre el punto en A. Flisfisch, La racionalidad de la acción y la libertad del otro, Documento de Trabajo, FLACSO, Programa Santiago de Chile, 1981.

La siguiente tabla indica las orientaciones estratégicas y resultados políticos globales que se pueden asociar a cada tipo de reconocimiento resultante:

El otro es:

	Necesario	Superfluo
Obstáculo "Natural"	Control Dominación	Aniquilar Neutralizar
Racionalidad Semejante	Política como comunicación (Ejm: negociación)	Tolerar
Humanidad Semejante	Reconocimiento recíproco de derechos.	

Obviamente, los contenidos simbólicos específicos en que se concrete cada clase de modelo de intereses, correspondiente a cada tipo de reconocimiento, pueden ser variables. Estas notas persiguen sólo mostrar algo así como la estructura elemental de cada caso.